

ALFAGUARA

Nocilla Experience

Agustín Fernández Mallo



Nocilla Experience

ALFAGUARA



Nocilla Experience

Agustín Fernández Mallo

ALFAGUARA



© 2008, Agustín Fernández Mallo

© De esta edición:

2008, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.santillana.es

ISBN: 978-84-204-7358-1

Depósito legal: M. 15.018-2008

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

© Imagen de cubierta:

Agustín Fernández Mallo (a la nevera de la artista

Ati Maier, 2007)

PRIMERA EDICIÓN: MARZO 2008

SEGUNDA EDICIÓN: ABRIL 2008

Impreso en el mes de abril de 2008

en los Talleres Gráficos Lavel, S. A.,

Humanes, Madrid (España)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

FORAJIDO: ¿Queréis decirme qué hacemos atravesando un desierto que ni una serpiente se atrevería a cruzar?
GREGORY PECK: Un desierto es un espacio, y un espacio se cruza.

WILLIAM WELLMAN
Cielo Amarillo, 1948

WALTER BRENNAN: ¿De dónde viene, forastero?
GARY COOPER: De ningún sitio en particular.
WALTER BRENNAN: ¿Y adónde se dirige?
GARY COOPER: A ningún sitio en particular.

WILLIAM WYLER
El forastero, 1940

En esta vida se puede ser de todo menos coñazo.

MICHI PANERO en
Después de tantos años,
Ricardo Franco, 1993

1.

¿Cómo pude ser yo quien desarrollara la Teoría de la Relatividad? Creo que fue por mi desarrollo intelectual retardado.

Albert Einstein

2.

Entonces encontraron un cuerpo flotando en el lago, boca arriba, con el ojo derecho, el único que le quedaba, abierto y sin signos de aparente agresión humana. El volumen corporal, debido al agua ingerida, a los agentes químicos en suspensión que abarrotaban el lago y a la diferente fauna y flora que había tomado forma en los intestinos y otros conductos internos del fallecido, se había multiplicado casi por 2. Cuerpo-esponja. Saco de infusión. Cuando estamos vivos absorbemos pasado y aire; cuando morimos, química y organismos, procreación, tiempo futuro, aunque ese futuro ya de nada valga. Y no hay más. Desde la azotea se ven las partes traseras de los coches que bajan la avenida de única dirección que enfila al astillero en el borde del mar. Ninguno puede ni podrá remontarla.

3.

Sandra hace el vuelo Londres-Palma de Mallorca. Apenas 1 hora en la que el giro de la Tierra se congela. Hojea la revista *British Airways News*. Reportajes de vinos Ribeiro, Rioja, las últimas arquitecturas *high-tech* en Berlín, ventas por correo de perlas Majorica. Sobre una foto de una playa del Caribe le cae una lágrima, pero no por culpa de la playa, ni del Caribe, ni de la gravitación que les es propia a las lágrimas. Mira por la ventanilla, lleva los ojos al frente. Ni nubes ni tierra. Constata lo que ya sabía: en los aviones no existe horizonte.

4.

Marc estudia con detenimiento el libro que tiene delante, *Guía agrícola Philips 1968*; la encontró entre los trastos viejos de su padre y se la quedó. Observa de reojo la azotea a través de la puerta de su caseta. Vive ahí. Un tinglado, situado en lo alto de un edificio de 8 plantas, que ha ido construyendo con diferentes hojas de latas, bidones, trozos de cartones petroleados y fragmentos de uralitas. Todo ensamblado de tal modo que las 4 paredes configuran un mosaico de palabras e iconos cuarteados de aceite La Giralda, lubricantes Repsol, Beba Pepsi o sanitarios Roca. A veces los mira, y entre todo ese hermanamiento de marcas comerciales intenta descubrir mapas, recorridos, señales latentes de otros territorios artificiales. En la azotea, que ningún vecino ya frecuenta, hay una serie de alambres que van de lado a lado en los que en vez de ropa colgada hay hojas escritas, a mano y por una sola cara, con fórmulas matemáticas; cada una sujeta de una pinza. Cuando sopla el viento [siempre sopla] y se mira de frente el conjunto de hojas, éstas forman una especie de mar de tinta teórico y convulso. Si se ven desde atrás, las caras en blanco de las DIN-A4 parecen la más exacta simbología de un desierto. Las ve aletear y piensa, Es fascinante mi teoría. Cierra la *Guía agrícola Philips 1968*, la deja sobre la mesa, sale y descuelga unas cuantas hojas de los cables número 1, 4 y 7. Antes de volver a entrar se acoda en la barandilla y piensa en el Mundial que nunca hemos ganado, en que lo más plano que existe sobre la Tierra son las vías de los trenes, en que la música de *El acorazado Potemkin*, si te fijas, es

el «Purple Haze» de Jimi Hendrix versionado. Después entra en la caseta, que tiembla cuando cierra la puerta de un golpe.

5.

Por fin han encontrado las armas de destrucción masiva. Las tenía el dictador ocultas en su propio cuerpo. Y sólo era una, cuidadosamente cosida a su estómago. Una cápsula de 1 cm³ unida a un micromecanismo adjunto que podría ser activado por él mismo mediante un control remoto mental. En efecto, con tal de concentrarse precisamente en ese punto de su estómago, y dirigir ahí toda la fuerza de los pulmones e intestinos en virtud de una técnica adquirida por viejos métodos de respiración yoga, el citado micromecanismo se activaría soltando así un veneno que lo haría morir al instante. La destrucción masiva vendría dada por un *efecto cascada*: la oleada de inmoluciones en cadena que prevé el Corán Tipo-B para estos casos, a imagen y semejanza de esa otra reacción en cadena que damos en llamar «nuclear». Cristianismo, budismo, islamismo y tecno-laicismo en un solo relámpago.

6.

En la árida estepa marrón situada al suroeste de Rusia, se alza una gigantesca construcción de cristal culminada en una cúpula, destinada a albergar todo cuanto uno pueda llegar a imaginar con tal de que eso que imagina tenga que ver con el juego del parchís. Brilla con fulgor suprafotográfico ese bloque de cristal sólidamente clavado a una tierra de nieve inmaculada y piedras sueltas. En apariencia, un espejismo. Espacios para entrenamiento, alojamiento para cursillistas y maestros, salas de videoproyecciones, laboratorios de programación computacional destinados a pergeñar partidas, gimnasios de relajación y/o concentración orientados a los momentos previos al juego, 1 biblioteca cuya única temática son las fichas rojas, otra sólo para las amarillas, otra sólo para las azules, otra para las verdes, restaurante y dietas especiales para alumnos, 1 cantina para visitantes y 2 bibliotecas dedicadas a la Historia del parchís. Se halla en las cercanías de la ciudad de Ulan Erge, en la región rusa de Kalmykia, una zona al norte del mar Caspio que tiene forma de lengua estrangulada entre las recientes repúblicas de Ucrania y Kazajstán, donde 300.000 rusos y rusas viven en la pobreza que rodea a ese gran complejo parchístico. En los mismos lindes del palacio da arranque una extensión segmentada por caminos semiasfaltados que unirá un horizonte atiborrado de postes de teléfono sin línea. Suele verse por allí alguna mula que se ha perdido; posiblemente duerma en una caseta de antiguos transformadores eléctricos y paste entre las antenas de radio y televisión que fueron plantadas en su día. Esa piel de antenas se dibuja dentro de un círculo de borde

irregular de 2 kilómetros de radio en torno al palacio del parchís, pero no tiene nada que ver con el parchís: el gobierno ruso ubicó allí todo ese antenaje debido a las excelentes condiciones que ofrece la región en cuanto a altura, ausencia de interferencias y privilegiada situación fronteriza euroasiática. La idea del palacio había partido del presidente de la región, Iluminizhov, que como fanático jugador de ese deporte invirtió decenas de millones de euros en materializar su fantasía, obtenidos tanto de las arcas del estado como de insólitas alianzas con Gaddafi o Sadam Husein. La zona está tan arruinada que los refugiados de la guerra de Chechenia que pasan por allí se van porque no encuentran agua potable; no pocos hallan ahí la muerte que no encontraron en el campo de batalla. Los pueblos nativos de esa estepa fueron nómadas que aún conservan parte de esa forma de vida. Cuando les echan de algún lugar, o se ven sin recursos, desmontan sus casas, de las que dejan sólo los cimientos, y se van con los ladrillos, ventanas, cocinas y lavabos apilados en furgonetas y carros a otra parte. Pero el palacio del parchís está immaculado y vacío desde que se construyó, hace ahora 10 años. Ni siquiera nadie lo ha inaugurado, y mucho menos usado o habitado. Dentro sólo se oye el viento que fuera golpea. Los libros están en sus estantes, los ordenadores cargados de programas, los platos de las cocinas limpios y perfectamente superpuestos, la carne intacta en las salas frigoríficas, los tableros de colores en las vitrinas y las fichas y cubiletes encubando teóricas partidas. También hay una radio que un obrero se dejó encendida.

7.

Saigón, mierda, aún sigo solo en Saigón. A todas horas
creo que me voy a despertar de nuevo en la jungla.

Apocalypse Now, Francis Ford Coppola

8.

Mohamed Smith es un crío de 4 años, concebido y nacido en Basora durante la ocupación norteamericana de Irak. Va todos los días al colegio anglo musulmán, de reciente creación, de la mano de su padre, John Smith, ex marine, quien le cuenta anécdotas de la guerra, como cuando anclaban una cuerda en una azotea y bajaban a *rapell* hasta el piso en el que existía sospecha de la existencia de un grupúsculo suní integrista. Tiraban entonces una granada de baja potencia a través de la ventana y subían de nuevo por la cuerda a toda prisa hasta la azotea, en la que sentían la detonación: durante un par de segundos temblaba levemente el terrazo, un cosquilleo bajo sus pies que los soldados comparaban con la vibración que debe de sentir una hormiga cuando camina por la piel de un tambor apenas golpeado. Era un día de mucho frío, y John había tirado la cuerda fachada abajo, que se desplegó como un laberinto animado. Piso 6, piso 5, piso 4, piso 3, rompió con el arma el cristal y empuñó la granada. Los ojos de una joven irakí que cocinaba en el suelo de una sala de estar se encontraron con los suyos; ni suplicó ni lloró, tan sólo miró al soldado como quien desde un avión no ve ya ni cielo, ni nubes, ni pájaros, ni sol, únicamente esa metálica extensión del cuerpo que es el ala de un Boeing temblando bajo una fuerza que sólo parte de uno mismo porque ahí fuera ya no hay horizonte, ya no hay nada.

9.

Imagina que escuchas una canción por primera vez que inmediatamente te encanta, es fantástica. ¿Qué tiene esa canción para ser perfecta?: Probablemente que sea corta. El single perfecto es de unos 2 minutos y 50 segundos.

Entrevista a Eddie Vedder, líder de Pearl Jam,
El pop después del fin del pop, Pablo Gil,
Ediciones Rockdelux, 2004

10.

Antón es un percebeiro que vive en el pueblo de Corcubión, La Coruña, España. Su casa no está directamente en el puerto, sino que, aislada, hay que alejarse un par de kilómetros monte arriba para encontrarla. No obstante, Antón ve el mar, e incluso lo escucha cuando de noche el viento aúlla en dirección favorable. Soltero, 37 años. El oficio de percebeiro es un oficio curioso. Se trata de, en lugares de antemano señalados, donde el mar pega más violentamente, descender por el acantilado sujeto a una cuerda para llegar hasta donde se supone que crían los percebes: el punto justo en el que rompen las olas y esas 2 fases de la materia que son lo sólido y lo líquido se confunden para perder entidad y definición precisas. Cuando menos te lo esperas, donde hace un segundo había roca y molusco ahora hay espuma y aguas vectoriales, pura fuerza. Cada año varios hombres pierden la vida. Pero hay un truco. El compañero que se queda arriba cuenta las olas, y sabe que cada 10 o 15 pequeñas siempre vienen 3 muy grandes y seguidas a las que apodan *las 3 marías*, y entonces da un grito, tira de la cuerda y Antón sube rápidamente a pulso gitano. En Corcubión, y en gran parte de la Costa de la Muerte, a Antón le llaman Profesor Bacterio debido a su alopecia craneal, su larga barba oscura y una rotura de hueso que tiene en mitad de la nariz; también porque ya de pequeño no paraba de hacer experimentos con los percebes, que son seres muy vivos. En efecto, como los nómadas, viven en esa frontera de lo líquido-sólido-gas, sólo que ellos, aferrados a la roca, no se mueven, y es entonces la auténtica frontera del mundo hecha agua la que se vuel-

ve nómada y cada 3 segundos viene a ellos, como si no les afectara que en los límites de la materia no estén ni los bordes ni los vértices sino la antimateria, como si no les afectara que su vecino de enfrente más cercano sea un palo vertical de fresno que en la bahía de Nueva York numera la marea en decimales.

11.

1922. Ante un auditorio japonés, Albert Einstein cuenta cómo, a finales de 1907, se le ocurrió la idea: «Estaba sentado en mi mesa, en la oficina de patentes, cuando, de repente, un pensamiento me vino a la cabeza: *si alguien cae libremente no siente la fuerza de la gravedad; no siente su propio peso*. Me quedé sobrecogido. Esa idea tan simple dejó una profunda huella en mí y fue la que me impulsó hacia una Teoría de la Relatividad General. Fue el pensamiento más afortunado de mi vida». Einstein, a la vez que la creó, borró la gravedad de un plumazo. Crear objetos, procrear, generar masa gravitante, consiste en intentar descubrir, sin éxito, adónde fue a parar toda esa fuerza.

12.

John volvió a ver los ojos de la joven irakí en un mercado de Basora. Ella compraba comida, él vigilaba desde una tanqueta, y se bajó en marcha. Cuando ella lo reconoció, el medio kilo de pimientos rojos recién pagados rodó por el suelo; tras dar el último giro brilló bajo el sol y ella dijo, No me hables ahora, estaré esta noche en el Rachid. El Rachid era un restaurante de las afueras: comida de carretera para los camioneros que hacían la ruta del petróleo desde el Kurdistán, carreteros ambulantes que vendían sandías y melones, y gente así. John llegó tarde porque intuía que trabajaba de cocinera, pero llegó tan tarde que todo estaba a oscuras. Detectó luz bajo una puerta. Daba a una especie de trastienda con olor a especias donde, ante 3 hombres sentados en una mesa circular sobre la que había varios fajos esparcidos de papeles repletos de fórmulas incomprensibles para John, gesticulaba ella cuando él entró sin llamar. Unos cuantos PCs clónicos parpadeaban al fondo. Todos se sorprendieron. Él traía medio kilo de pimientos rojos en una bolsa transparente. Pensó de inmediato que se trataba de algo relacionado con la guerrilla o la industria militar, pero ella dijo de inmediato, No pienses lo que no es, somos arquitectos. Le explicaron que pertenecían a una red global denominada Arquitectura Portátil, cuyo objetivo consistía en diseñar y elaborar viviendas de bajo coste y gran movilidad, pensando sobre todo en los países en los que hay conflictos armados de larga duración, donde la población se ve obligada a un perpetuo nomadismo. Y ella concluyó, Por ejemplo, esta misma casa prefabricada en la que ahora estamos, viene